Por una cultura

NO ha habido, de vida de hombre, año peor para el país y por ende para la cultura nacional, y está lejos de ser un consuelo saber que esta marca será superada en los venideros: habrá todavía peores años, puede que lleguemos a añorar el que pasó.

Para poder comprender con amplitud y rigor las causas del deterioro sufrido por la cultura nacional, debemos situarla en las coordenadas político-sociales nacional y latinoamericana (y aun habría que revisar una tercera, universal), porque la cultura no es el ornamento divertido de una sociedad sino que es, en el correcto sentido antropológico, la articulación interna de esa sociedad, su expresión válida, el conjunto de sus valores intelectuales y artísticos, sus modos y sus ideales de vida; y los escritores o los plásticos no son los bufones de una sociedad sino sus intérpretes, sus subrepticios pedagogos, los realizadores de las líneas orientadoras de su progreso.

En lo nacional, no se trata de los desaciertos de un partido de gobierno —que los ha habido, inconmensurables— sino de una transformación más vasta, económico-social, que afecta la vida entera de la sociedad uruguaya: vivimos *el fin del estado liberal*, cuya liquidación ha sido aquí más lenta, y que no concluye ni da paso a las estructuras modernas sino es a través de la conmoción, desgarramiento, y guerra del cuerpo social. El proceso es fatal, todos sus tramos deben ser recorridos, todos sus extremos asumidos; quienes acostumbran a decir que en el Uruguay "esas cosas no pasan", deberían ir habituándose a saber que todas pasarán, incluso las indecorosas o las homicidas típicas de republiquetas latinoamericanas.

Este fenómeno se inscribe dentro de otro latinoamericano, concomitante: en diversos grados la misma liquidación del estado liberal, que es violentamente contenida —como quien conserva, pinta y perfuma un cadáver y lo pone en la sala y no quiere aceptar que ha muerto aunque pululen las moscas y los gusanos y se desprenden pedazos de carne putrefacta— por la acción conjugada de las oligarquías locales, el ejército, y la intromisión activa de los Estados Unidos respondiendo a las imposiciones de su política mundial de guerra. Vivimos, para usar la denominación de Deutscher sobre el movimiento derechista regresivo que rigió en Rusia desde la fracasada revolución de 1905 hasta la guerra, en el reflujo que sigue a un avance revolucionario, o sea, en el caso de América Latina, la gran reacción de las derechas ante el triunfo cubano de 1959 hasta lograr la paralización —provisoria— del intento de progreso y modernización del continente.

La debilidad de los grupos centristas, representantes de las clases medias, cuando no su traición, permitió que las derechas tomaran el poder y desde allí procedieran a una remodelación del país acorde con su criterio clasista, procurando consolidar su poderío. Tal política, aplicada a la producción o a la redistribución de la riqueza, también se ejerció, como derivación natural, en la esfera de la cultura, entendida aquí en su acepción restricta (letras, artes, cine, etc.), aunque parezca menos visible. Incluso podría decirse que los perjuicios allí habidos son menos importantes si se los compara con los ingentes sufridos por la sociedad en los órdenes primeros y urgentes de la vida. Pero nuestra tarea es señalarlos, sin escamotear uno: no queremos caer en el fariseísmo de algunos intelectuales, como los de la Feria Nacional de Libros que, en esta época en que disminuye el consumo de leche y de alimentos, pretenden hacer creer que el público se entrega a la adquisición de libros y obras de arte, contribuyendo así a la euforia artificial que propician los ideólogos del poder.

NO es así: el país, los ciudadanos, se han empobrecido con respecto a períodos anteriores, y encaran el futuro con aprensión; saben o temen que seguirán empobreciéndose en la medida en que la inflación les coma vorazmente sus haberes. La retracción en los gastos, ya sea impuesta por la escasez de dinero, por los altos precios, o por el temor psicológico, es flagrante, se acusa día a día, y afecta en primer término a los objetos de cultura: los libros, los cuadros, las entradas para conciertos y teatros, los discos de calidad. Los datos que se recogen al finalizar el año son concordantes: los estrenos teatrales se han reducido en una tercera parte con respecto a los del año anterior que ya habían marcado su descenso, y a tal punto faltó público que algún conjunto llegó a propiciar el sistema de "pague Vd. si puede" para poder mantenerse.

La situación del cine es de sobra conocida, por el cierre acelerado de salas y por la desaparición de films de las carteleras; los cines se han mantenido semanas alargando títulos con raleadas plateas. La temporada de conciertos del SODRE ha sido de las más breves de su historia. Los plásticos nacionales continuaron su tesonera y admirable labor, pero sus exposiciones fueron muchas veces "sucesos periodísticos": al "vernissage" familiar siguen los días de visitantes solitarios. De libros casi es mejor no hablar: el envilecimiento de nuestra moneda ha triplicado los precios del

material importado; el aumento de precios en los materiales de impresión ha duplicado por lo menos los costos del libro nacional. Todo esto ocurre al tiempo que ese núcleo reducido de compradores de libros y de espectadores de teatro, ve menguados sus haberes.

El segundo aspecto de la misma crisis es el progresivo encierro del país, que de haber sido uno de los países de visión mas universalista de América, más atento a la actividad cultural del mundo, ha pasado a ser una cansina provincia que no se entera del viento que corre afuera, y vive en el temor, en la desconfianza, a la sombra del campanario. Salvo los conjuntos artísticos financiados por gobiernos extranjeros, ningún otro se atreve a venir a nuestro país, y aun así, ni el *Teatro del Pireo* ni la *Filarmónica de Viena*, que van a Buenos Aires, se trasladan a Montevideo. No viene el buen cine extranjero, no viene teatro y música del exterior, no vienen discos, no vienen libros: la bibliografía norteamericana, inglesa e italiana desapareció hace tiempo de las librerías montevideanas; la francesa, que se mantenía, va reduciendo día a día el número de sus novedades. Peor aún: por razones quizás circunstanciales, en este año no llegó a Montevideo la tercera parte de la producción bibliográfica argentina, ni la mitad, por lo menos, de la producción mexicana. Para coronar esta situación dramática, el gobierno dispuso en la Rendición de Cuentas un impuesto del 15 por ciento del valor CIF a todos los libros que ingresan al país (salvo los científicos) obligándolos a hacer aduana, lo que fácilmente duplica esa tasa impositiva al sumársele los seguros y demás trámites aduaneros. Los particulares, que con ingentes sacrificios cubrían la falta de material que se registraba en librerías mediante la importación directa, y, desde luego, las librerías, han llegado al desaliento y a la impotencia. Decir que el país está siendo objeto de un verdadero bloqueo cultural, no es patetizar en nada la situación vigente.

Dos datos reales y menudos lo ilustran. En este año es crearon dos nuevos oficios vinculados al libro: aparecieron los contrabandistas de libros, personas que ganan la vida viajando a Buenos Aires para traer libros que luego venden a librerías; y los vendedores de libros a los Estados Unidos, una nutrida pléyade que se encarga de surtir a las cien o doscientas bibliotecas norteamericanas de la producción nacional o sudamericana aquí existente, gestionando sobre todo la venta de grandes bibliotecas privadas que el estado uruguayo ni siquiera intenta comprar porque no tiene con qué. Día llegará en que iremos a estudiar nuestro país a los Estados Unidos.

NADA de lo dicho, que podría alargarse con detalles, irrisorios o sublevantes, según el humor del día, es desconocido por cualquier uruguayo medianamente culto, quien puede prever el curso agravado que tendrán estos problemas. Como el Uruguay es un país muy etatizado, donde los principales organismos de cultura están en manos del gobierno, cabe preguntarse qué han hecho, ellos que disponen de recursos y de poder, para combatir este deterioro. Decir que han sido inoperantes, que carecieron de una política coherente atenta a las necesidades públicas o que, cuando la bocetaron, fue contraproducente, es lo menos que puede decirse de los responsables de la cultura oficial.

Tanto los que dirigen el SODRE como los que dirigen el Solís siguen viviendo en otra época, convencidos de que diez conciertos sinfónicos y cinco estrenos fastuosos para raleadas plateas de funcionarios y portugueses, son el cumplimiento perfecto de sus deberes. Las escasas cinco mil personas que giran en esa calesita, no justifican los millones que cuestan sus juegos semanales a los contribuyentes. Mientras estos organismos burocráticos pierden el tiempo en exquisiteces, y se creen justificados por la opinión de alguna prensa y veinte amigos, el millón de habitantes de Montevideo sigue entregado a la masiva deformación de los canales televisivos contra los cuales ya no habrá escuela, ni universidad, ni familia, capaz de luchar. Son ellos los que en este momento rigen la cultura nacional, los que cumplen el único servicio público cultural auténtico del país, es decir, atento a las preocupaciones del telespectador, surtiendo sus verdaderas demandas, aunque todo eso lo hagan con intención comercial y apelando a los productos más inferiores e inferiorizantes. Pero los canales de televisión privada actúan en un mundo real, parten del reconocimiento de que hay una sociedad masiva a la cual divertir, adoctrinar, informar, que tal es su función, en tanto que los organismos culturales del estado trabajan sólo para minúsculas élites, han abdicado de su finalidad educativa nacional, y han llegado a tal desconcierto que tampoco saben qué deben proporcionar a esas élites que modelan. La elección de títulos por la Comedia, del repertorio musical operístico o balletístico del SODRE, de los programas educativos de la Radio Oficial, sólo tienen dos enjuiciamientos posibles: o son incoherentes (so pretexto de eclecticismo y en definitiva por un total desdén a la función educadora del arte y la cultura) o son visiblemente regresivos e intentan contribuir a la parálisis del país, a su extravío, tratando de que no despierte y que no intente ingresar de lleno a la modernidad donde se dilucidan hoy los problemas urgentes del mundo.

Mejor que nada lo ilustra la gestión ministerial del Sr. Pivel Devoto. Como en el famoso ejemplo de Vasconcelos en México, demuestra que la preparación intelectual en alguna disciplina no basta para la tarea gubernativa. Si cuando Vasconcelos fue nombrado ministro de Educación, resolvió editar *Las Enéadas* de Plotino en tirada monstruo para que todos los niños analfabetos y hambrientos de un México todavía feudal, a pesar de la revolución, tuvieran acceso a las luces de la filosofía griega, Pivel Devoto edita los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso en la edición paleográfica de Rosenblat para elevar la cultura patria (y descender su ortografía) sin saber que en la colección Austral se vende la misma obra en español modernizado.

Nadie discute la importancia del conocimiento del pasado, ni se opone a que se compren casas viejas salvándolas de la piqueta para transformarlas en museos no se sabe bien de qué, ni que se dicten doscientas conferencias de homenaje a Artigas y se publiquen todos los autores blancos o antibatllistas, del pasado nacional, pero de allí a creer que eso es la cultura del país, y que así se consigue elevar el nivel intelectual de los ciudadanos y prepararlos para enfrentar los problemas urgentes del mundo moderno, hay una distancia con muchos kilómetros y varios abismos. Corresponde a la concepción de la cultura como ornamento y no como instrumento de acción y progreso, concepción aquella típica del pensamiento conservador, como ha visto Mannhein, y que es la que hoy rige los organismos del estado en los pocos casos en que llegan a entender que la difusión cultural exige establecer una previa línea de valores y propósitos. No es patrimonio del Ministerio esta posición ni de ningún partido en exclusividad: para citar bien lejos basta observar la gestión de una macarrónica Comisión de Publicaciones que tiene la Universidad y que cuando los estudiantes ya no saben cómo hacer para conseguir sus libros de estudio, se consagra a publicar las poesías completas del Dr. Emilio Oribe, o la gestión del canal del SODRE que dedica semanas enteras a la exaltación del folklorismo, las payadas, y todos los materiales que componen la visión estereotipada y falsificada de la realidad nacional.

Con todo, se podría decir de estos organismos, que mal o bien, algo hacen. Movedizos son, es cierto. Otros vegetan o han declarado quiebra. Hace dos años que no funciona el Salón de Artes Plásticas del Concejo Departamental, luego de un sonado conflicto torpemente llevado por los artistas; era uno de los pocos lugares donde todavía se adquirían cuadros y estatuas. El Premio Blanes del Banco República, según declaración de los artísticas plásticos, peligra. Los premios Remuneración del Ministerio (son premios irrisorios de dos mil pesos, con jurados desprestigiados y sin ninguna resonancia pública) hace dos años que no se convocan. El Concejo Departamental, para hacer un ahorrito, mete dos años en uno en materia de premios a la producción literaria y científica. El mismo Concejo no compra libros para la cadena de bibliotecas municipales, y las dotaciones para adquisición bibliográfica de la Nacional son irrisorias.

CUANDO los particulares se empobrecen y no pueden, cuando el estado desatiende sus funciones culturales, la debilidad se apodera del medio. Esa debilidad es acechada, cuando no propiciada, por los enemigos habituales, —ese es su juego— y en este año los hemos visto cobrarse más de una presa. Son sabidas las dificultades económicas de las librerías nacionales, incluso de las más poderosas; ellas explican que en nuestra vida intelectual y en los libros nacionales hayan comenzado a correr dólares. La embajada americana organiza y financia una exposición bibliográfica en *General Electric* y coordinadamente financia un *Congreso* de libreros uruguayos, los de Montevideo y los del interior, con un cheque por 48.000 pesos que la Cámara del Libro acepta. La librería Barreiro y Ramos establece un acuerdo con la misma embajada para publicar una colección de libros anticomunistas a la que le inventa el nombre de "Cono Sur", apareciendo sólo como impresor, y de la cual ya ha publicado un título, anunciando cinco más; según el acuerdo, la embajada paga toda la edición y Barreiro lleva como ganancia los ingresos de las ventas. No es

militante

por ANGEL RAMA

necesario abundar en el salón de arte que tiene otro librero de Montevideo, financiado por el sumergido *Congreso por la Libertad* etc. dentro del plan de este organismo de establecer en cada capital latinoamericana: un salón de arte, una revista literaria (de esas que están por encima de las ideologías) y una editorial.

Aunque no es el momento de explayarnos sobre la intervención de capitales norteamericanos en la industria editorial —sobre esto preparamos un informe detallado— consignemos el hecho: dentro de la pugna de los dos bloques, los Estados Unidos, que habían desatendido la parte intelectual, demasiado confiados en las glorias de la democracia capitalista, ahora han arrojado enormes capitales para contribuir a la pugna ideológica, especialmente en el área latinoamericana. No se contentan ya con las cadenas de diarios, radios y televisión, cuyos intereses están vinculados o son propiedad de empresas norteamericanas, y que les aseguran el dominio de la opinión pública en general; han considerado fundamental la acción sobre las élites intelectuales, las cuales, según una concepción (visiblemente anti marxista) que ha desarrollado el sociólogo Shils, son las que determinan con ilustrado despotismo, la orientación político-social de las masas. De allí procede la serie de reuniones internacionales para analizar las "élites", las invitaciones para reuniones de escritores (Chichen Itzá), la fundación del *Instituto de Estudios Sociales para América Latina* (periscopio del sumergido Congreso), el pago de libros a ciertas editoriales amigas cuando no la financiación directa a través de testaferros, y una curiosa ideología que, parece broma, ha tomado como bandera las tesis de Shils, Lipset and Co. sobre "el fin de las ideologías" que se generaran en el Congreso por la Libertad de la Cultura de Roma, en 1955.

Esta acción internacional tiene ya sus expresiones nacionales, que muestran la premura con que trabajan los dolarnautas. En la órbita de los Ministerios de Instrucción y de Industrias se ha creado la *Comisión del Papel* que administra la concesión de papel de impresión con descuentos del 30 por ciento. En vez de crear un papel con marca, de uso libre para libros, se ha preferido este sistema de fiscalización estatal, engorroso, burocrático, pero que tiene alguna ventaja: permite conocer qué libros se hacen en el país, y en qué tiradas, y establece una indirecta censura, negando papel a los libros de orientación política o social. Ya han comenzado a plantearse objeciones a los impresores que reclamaron papel para libros sobre temas de implicación política. Otro ejemplo flamante es el artículo 70 de la Rendición de Cuentas que impone un impuesto a los libros, y del cual los ministros del ramo "dicen" no saber de dónde salió. Es evidente que la recaudación que por esta vía obtenga el estado será pequeña, pero es también evidente que, eliminando el ingreso de libros por correo, donde es libre de conformidad con los principios de UNESCO, y obligándolo a los trámites aduaneros, se puede establecer la fiscalización estricta, paso previo a la censura. La tela se va tejiendo.

Uno de los efectos de la conjugada acción de los elencos culturales de la derecha gubernativa, del burocratismo opositor y de la intervención extranjera sobre las élites intelectuales y sobre los instrumentos de comunicación masiva, ha sido la *neutralización*. Es el principio dominante, hoy, en diversos renglones. Los desarrollistas, estadísticas en mano, claman que los estudiantes no deben hacer política, que deben consagrarse a estudiar, del mismo modo que los obreros a trabajar en las fábricas y los funcionarios en sus oficinas: el orden debe venir como derivación fatal de la neutralización ideológica. Los canales de televisión han establecido una larga lista de tabúes —desde los sexuales hasta los políticos— y cuando deben encararlos lo hacen a través de un siniestro artilugio que consiste en oponer y balancear en dosis semejantes las opiniones, hasta transformar la controversia ideológica en un ejercicio deportivo que no afecta a ningún espectador, o que permite el triunfo por obra de las más bastas razones (esas que estudian y codifican los especialistas en relaciones públicas). Así se consigue una forma educada de la neutralización. Tratándose de un repertorio de teatro consiste en la elección de textos divertidos, livianos, o en esos textos "en defensa del hombre" que es la fórmula ideal de la vacuidad abstracta del liberalismo. En lo referente al país real en que vivimos, la neutralización reside en la muy declamada apelación a la patria, al nacionalismo, al pasado, a la capacidad de sacrificio de la sociedad, a sus virtudes, etc. fórmulas todas que se apoyan en una pretendida unidad nacional, escamoteando hábilmente la contradicción propia de las clases sociales que la integran, por cuanto esa unidad se reclama en torno a los privilegios de una clase dominante. Todo endiosamiento del pasado, toda exaltación nacionalista que rehuye considerar el fenómeno de las clases sociales, de sus oposiciones y de sus intereses respectivos, correspondió siempre a un pensamiento conservador que hoy se esconde tras la neutralización, santo y seña de la cultura oficial. En el campo de las ideas ello se expresa en el afán sincrético de unir las ideologías antes en pugna y cuya semejanza bruscamente es descubierta (por ejemplo los partidos tradicionales contra los foráneos, de que hablan los diarios del gobierno o la reconciliación de patrones y obreros en que trabajan los ideólogos del desarrollismo), o en el afán paralelo de decretar la extinción de las ideologías, sobrenadándolas vaga y confusamente, en un movimiento por liberarse de ellas que se explica por la conciencia culposa de quienes han renunciado a la capacidad humana de lucha y transformación de una sociedad, para convalidar un statu-quo de derecha al que sólo le reclaman leves correcciones. El hecho de que por esta tarea reciban a veces suculentos dólares, es sólo una minucia.

CONTRA tal putrefacción sólo cabe asumir los principios de una cultura militante, en la gran tradición de la cultura universal y nacional. Una cultura que no cree en la neutralización ni en ninguna posible neutralidad, que en cambio afirma la necesidad de recuperar con lucidez y coraje el contorno real en que el hombre está situado, y que cree en su acción positiva y transformadora, en todos los órdenes de la vida: social, moral, religiosa, artística.

La cultura militante no cree que la difusión cultural esté destinada a minorías a las que deba proveerse de una visión edulcorada del pasado o un ecléctico amasijo de exaltaciones humanistas. Cree que la cultura debe llevarse al seno de la sociedad, especialmente a los sectores sociales más olvidados, y que deben acercársele productos que respondan a sus problemas actuales, verdaderos, reales, planteándoselos en su nivel y con la urgencia adecuada. Esto no significa tirar el arte por la ventana, ni tampoco como creen muchos cuando de arte militante se habla, la imposición de una exclusiva temática social. Son problemas urgentes y reales, los sociales, y los políticos, y los de la convivencia afectiva, y los grandes dramas históricos de la hora, y la vida sexual presente y la nueva moral y los conflictos de los jóvenes con sus mayores y tantos otros asuntos. Es un asunto actual y urgente el ingreso al mundo moderno, la liquidación de las rémoras folklóricas en que se intenta aprisionar al país, la incorporación de [illegible]os de la época.

Contra los que se demoran en la audición de *Juana en la hoguera* propóngase *La fábrica iluminada* de Luigi Nonno; contra quien insiste en los O'Neill póstumos o las comedíolas, propóngase el robusto clásico o el polémico *Caso Oppenheimer*, o el punzante *Señor Puntila* de Brecht; contra quienes proponen las payadas de gauchos de opereta opóngase los cantos de Viglietti sobre los cañeros o las milongas de Benavides; contra quien propone erigir en el centro de la ciudad *El entrevero* de Belloni opóngase el arte fuerte de Germán Cabrera, actual y dramático; contra los poetas que se esfuerzan por escaparse de la realidad (sean cuales fueren sus palabras y estilos, ellos son los herederos legítimos de aquellos añejos cultivadores de gacelas y magnolias) opóngase la valerosa mirada al mundo de Sarandy Cabrera, Amanda Berenguer, Ida Vitale, Milton Schinca, Saúl Ibargoyen, que escriben en este número; contra los cultivadores del cuentito folklórico opóngase esta forma de mirar el tejido de nuestras vidas, que resplandece en los cuentos de Carlos María Gutiérrez, Mario C. Fernández, Juan C. Somma, que aquí publicamos.

Una cultura militante es aquella que atiende a la verdad de nuestras vidas, nuestras ilusiones y nuestros desconsuelos, y habla de todo ello valerosamente, tira de la manta a los tapujos morales, enfrenta a los responsables, proclama nuestro derecho a la vida en su plenitud, no enajenada, y no rehuye todo lo que de misterioso e insondable, por ahora, pueda tener la vida. Pero cuando la casa se derrumba, una cultura militante grita fuertemente, pelea, ya sea explicando la urdimbre secreta de los acontecimientos o enfrentándonos un espejo para mostrar nuestros errores o proveyendo de ayuda, de claridad, de energía, al que vacila o al que lucha. Sin duda que estos cuentos y estos poemas no serán trasmitidos por el SODRE, ni llevados a los escenarios oficiales, ni leídos por los canales de televisión, ni recibirán premios del Ministerio, ni serán ilustrados por los plásticos oficiales, ni obtendrán retribuciones de la embajada americana, ni se publicarán en la revista del Congreso que no osa decir su nombre.

Pero a cambio de todo eso, son el testimonio de la entereza con que nuestros escritores deciden mantener, en este período de reflujo en que las derechas y sus amaestrados ideólogos ocupan el campo oficial (y también muchos convencionales campos de oposición) la función creadora y adoctrinadora del arte, su dicción alerta sobre la realidad y esa capacidad de ponerse en comunicación con los problemas auténticos de los demás hombres con la honda solidaridad que en su punto más incandescente sólo el gran arte alcanza.

Este número:

● Para la preparación de este número —————— contamos con la inapreciable colaboración de Isabel Gilbert, a quien pertenecen todas las fotos del suplemento.

Contamos también con la colaboración decidida de narradores y poetas, debiendo destacar que los poemas de Amanda Berenguer, Milton Schinca e Ida Vitale fueron escritos especialmente para el suplemento.

Las dimensiones reducidas del número no permitieron incluir más colaboraciones, ni atender importantes secciones culturales: plásticas, jazz, típica.